

LIBROS CRÍTICAS

NARRATIVA

Poderosa y maldita adolescencia

POR LAURA FERNÁNDEZ

Existen un sinnúmero de ritos de paso de lo humano que la literatura ha obviado con una ceguera pasmosa, condenando a una parte del mundo, la femenina, a no tener espejos en los que mirarse, como cuenta una siempre esplendorosamente brillante Mary Karr en esta devorable, trepidante y perfecta segunda entrega de sus memorias, no limitarse a querer que tu padre te compre un sujetador Playtex sino a no poder entender por qué no vienen con él los pechos que se necesitan para llenarlo. Como una caballera andante que se limitase a recorrer su calle de casas bajas y dar brochazos a su mundo en construcción —el de la niña que se ha creído desde siempre demasiado lista, y que mira a los demás ligeramente por encima del hombro porque sabe que algún día será poeta y escapará de la aborrecible Leechfield—, Karr regresa —en retrospectiva, pues esta entrega se sitúa entre las ya publicadas, *El club de los mentirosos* (2017) e *Iluminada* (2019)— a esos años en los que todo ardía todo el tiempo —ardían los primeros besos, ardían las lágrimas de tu mejor amiga, ardía todo lo que tuviera que ver con el rubio y perfecto John Clearly, ardían los injustos prejuicios de los profesores, y la vida—. Su don para el dibujo de personajes y situaciones es estratosférico, y su pulso, atropellado y honestísimo —no hay un solo cuarto de atrás en lo que narra Karr, todo está tan dolorosa y a la vez tan desprecupadamente expuesto que no solo la sonrisa sino también la risa es contagiosa, porque todos hemos estado ahí, en algún otro momento y lugar, y todo es así de ingenuamente ridículo—, y quizá el material con el que juega en esta segunda entrega, el más adecuado para explotar tanta virtud, porque la adolescencia —previa al casi hundimiento de la escritora—



es una curiosísima bomba de relojería —la madre artista que desaparece por temporadas, el padre bonachón y ausente, su yo en expansión encantadoramente salvaje, el mundo empezando a mostrar sus dientes—, con, afortunadamente, algún tipo de final feliz, esquivado el primer bache serio —las drogas y su magnético y fatal, a veces, entorno de una vida destinada a engrosar el panteón de los clásicos.

La flor

Mary Karr. Traducción de Regina López Muñoz. Periférica & Errata Naturae, 2020. 440 páginas. 23 euros



Tableta para mostrar al personal sanitario el uso de equipos de protección ante la covid-19, en la UCI del hospital Clínic de Barcelona. PABLO MIRANZO (GETTY)

NARRATIVA

Azufre y bruma

Bárbara Blasco aborda con un lenguaje astillado e implacable todo cuanto rodea a la enfermedad física

POR ANA RODRÍGUEZ FISCHER

La agonía de un padre en coma, situación que propicia el encuentro de la esposa y las dos hijas del matrimonio en la habitación del hospital, es un marco bastante frecuente en novelas que tratan de revisar las relaciones familiares y sacar a la luz las múltiples heridas causadas a lo largo de los años, con el ineludible cruce de acusaciones e increpaciones nacidas del desprecio, el rencor, los favoritismos, las conveniencias, el egoísmo, las mentiras u otras miserias.

Por fortuna, en *Dicen los síntomas* —XVI Premio Tusquets Editores de Novela—, Bárbara Blasco (Valencia, 1972) construye, sobre esta historia de agravios y rencillas familiares, otra más poderosa: a la enfermedad moral le suma y sobrepone el relato de la enfermedad física. Lo hace a través de Virginia, la hija más desatendida por sus padres y más disconforme con el patrón convencional y la hipocresía de una clase media ya algo anticuada, en claro contraste con su hermana Esther, modélica representante del paradigma madre y esposa ejemplar con ínfulas artísticas, que sin embargo apenas aparece por allí pues “este aire viciado de hospital no le sienta bien, corrompe sus pulmones, mustia su cutis, le opaca el cabello. Esther ha nacido para algo más que para pudrirse en un hospital”. Desde ese ángulo —su posición de mujer no integrada en el núcleo familiar y ajena a las convenciones sociales—, y con un lenguaje astillado e implacable, Virginia recuerda a ráfagas algunos episodios de su vida —en especial, la infancia—, desactiva sentimentalmente esa situación y medita sobre la enfermedad y cuanto ha leído sobre ella, línea que para mí es la que mayor interés ofrece. En su relato afloran noticias de dolencias raras, reflexiones firmadas por Sontag, Woolf, Kafka u otros ilus-

tres, e incide en una lúcida observación de todo cuanto rodea a la enfermedad. Sin tapujos ni edulcorantes. Y así, a través del flujo de una conciencia insomne, de las asociaciones de la memoria y de una mirada insobornable, Virginia recorre el escenario en que se desenvuelve la enfermedad. Enfoca el espacio físico y las figuras que lo habitan: pacientes, sanitarios o acompañantes zombis corroídos por la acidez que les va ganando tras unas cuantas noches de guardia allí. Aventura metáforas y analogías: “La enfermedad parece el género realista por excelencia, pero en el fondo se enmarca dentro de la ciencia-ficción”. Intenta averiguar su sentido: “No creo en las enfermedades como alegorías morales, pero tampoco que sean arbitrarias, acaso síntomas de una patología universal”. Diseciona el lenguaje médico, “un contralenguaje, siempre reaccionario, que se resiste a traducir con fidelidad la realidad del cuerpo”. Y, como no podía ser menos, considera las alianzas con el tiempo y con la muerte.

Debo resaltar que, pese a tanta sordidez y sufrimiento, abundan el humor y la ironía en cuanto se refiere al mundo familiar. Y anticipar también que inesperadamente emerge una historia de amor entre Virginia y “el extraño” que ocupa la cama contigua a la del padre comatoso, historia repleta de momentos amables y tiernos, que no sé si obedece a la necesidad de contentar las preferencias de los lectores. El episodio sirve además para justificar el relato de Virginia, y para añadir otro registro a la novela, que ahora en estas páginas finales se resuelve a partir de breves apuntes penados de lirismo.

Dicen los síntomas

Bárbara Blasco
Tusquets, 2020
261 páginas. 18 euros

POESÍA

Un café de Bombay

POR JESÚS AGUADO

Arun Kolatkar (Bombay, 1931-2004), que escribió en maratí y en inglés, le importaba más la basura, a la que dedica una canción, o la mierda, que nos da un sermón desde estas páginas, que el reconocimiento literario y sus alrededores. De hecho, publicó su primer libro con 46 años y la mayoría de sus manuscritos todavía hoy juegan al escondite en cajas dispersas por las casas de sus amigos de su ciudad natal. La poesía era, para él, un acto de empatía extrema con las grietas que atraviesan lo real, con esas minúsculas fisuras casi invisibles que marcan, ponen en peligro y, paradójicamente, le dan sentido a lo visible. Una poesía que, para evitar las sublimaciones o idealizaciones en las que incurre la intimidad, lo hace todo en público, desde comer o defecar hasta escribir o pensar.

Kala Ghada cuenta lo que sucede a lo largo de 24 horas en esta intersección de la parte antigua de Bombay. Sentado, a lo largo de varios años, en la misma mesa del café Wayside Inn, Kolatkar va tomando notas de lo que ve. Un perro paría, el protagonista del primer poema, parece estar entonando un mantra de saludo al sol; él no entiende esas palabras sagradas, pero su acto abre el día y se lo entrega a sus “supuestos amos”. A partir de ese momento los habitantes de ese cruce se ponen en marcha.

Una anciana lava niños nacidos en la calle. Una empleada del servicio municipal de limpieza se sube en la carreta de los desperdicios y baila para aplastarlos y hacer sitio, lo que le recuerda al autor a la gran santa Meera, que dedicaba danzas extáticas a Dios. Un cuervo desciende con muchas precauciones al pavimento para coger una ramita. Una niña juega a las tabas mientras atiende a sus clientes, que le compran el hachís de mala calidad que esconde en su escote. Un ciego encuadra un catre mientras un gato vigila atento el ovillo. Un hombre que vende veneno matarratas apoya el cartel que anuncia su oficio mientras almuerza. Hay muchos más (un *hippy*, un borracho, una mujer que se lava el pelo, una vendedora de idlis, un leproso, un parálítico, unos peladores de patatas, un abogado, una estatua que se queja de los 100 años que lleva sin echar un polvo, un niño que batea una rata enferma), pero los poemas en los que aparecen no los aprisionan, disecionan, traspasan, integran en un sistema de creencias o compadecen. Kolatkar, fraternal y poseído por su lección de humildad infinita (como los poetas bhakti de la India, a los que ama más que a ningún otro), los mira ser; y les ve atravesar las hojas de su cuaderno sin hacer en ningún momento ademán de detenerlos con grandes metáforas e ideas, con las redes de la erudición o de la filosofía. Un paso más allá, todo se pone a hablar: las gomas de bicicleta colgadas de un baniano o sobre un tejado, la basura, una bandeja de thali, las semillas de una sandía o una pared.

Arun Kolatkar nos invita, de la mano de la exacta traducción de David Puig, a sentarnos con él en la mesa de un café de Bombay para ver un mundo que no solo es el suyo, sino también el nuestro.

Café en Bombay. HEMANT PADALKAR (HINDUSTAN TIMES / GETTY)

Arun Kolatkar nos invita, de la mano de la exacta traducción de David Puig, a sentarnos con él en la mesa de un café de Bombay para ver un mundo que no solo es el suyo, sino también el nuestro.

Kala Godha. Poemas de Bombay

Arun Kolatkar
Traducción de David Puig
Killer 71, 2020. 185 páginas. 15 euros